

**Universidad de Chile**  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Literatura

# Identidad, memoria, nación: La Plaza de la Ciudadanía como monumento

Tesis para optar al grado de licenciada en lengua y literatura hispánica con mención en literatura

Alumno:

**Sergio Bravo Cuevas**

Profesoras guías: Alicia Salomone Natalia Cisterna



<b>Epígrafe . .</b>	<b>1</b>
<b>Introducción. El discurso identitario nacional: el espacio urbano como superficie de inscripción .</b>	<b>3</b>
<b>El concepto de nación en el contexto de la modernidad. Consecuencias del racionalismo moderno sobre la identidad hispanoamericana .</b>	<b>7</b>
<b>Desarrollo del populismo en las primeras décadas del siglo XX: monumento a Alessandri como espacio de memoria nacional . .</b>	<b>13</b>
<b>La nación como proyecto: recuperación de la democracia como vía hacia el desarrollo .</b>	<b>21</b>
<b>Configuración de estereotipos. Distanciamiento de la nación del ámbito latinoamericano . .</b>	<b>27</b>
<b>Conclusión. La Plaza de la Ciudadanía: identidad nacional y narración histórica .</b>	<b>31</b>
<b>Bibliografía .</b>	<b>35</b>
Páginas web .	36



## Epígrafe

***“El nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia:  
inventa naciones donde no existen”  
Ernest Gellner, Thought and change.***



# Introducción. El discurso identitario nacional: el espacio urbano como superficie de inscripción

La adhesión por parte del ciudadano a un determinado proyecto de nación implica la identificación con elementos simbólicos concretos, representativos de una idea compartida de patria o comunidad imaginada. Dichos símbolos nacionales son discursivamente cohesivos, en tanto permiten la confluencia de todos los ciudadanos en un centro unitario y excluye las diferentes interpretaciones personales que de la nación elabora cada uno de sus miembros. Estas representaciones nacionales trascienden el nivel simbólico, llegando a configurar un discurso constructivo capaz de intervenir y articular la realidad social con la que entablan entonces una relación de insubordinación. La subsistencia de la nación depende de la identificación de un grupo de individuos en torno a un legado en común, por lo que ninguna estrategia de poder será válida si previamente no se logra instalar un discurso cohesivo que recoja este legado proyectándolo a un fin. En este sentido, el dominio de los signos por parte de un poder superior supone, en el ámbito social, una condición previa para la gobernabilidad.

En el contexto de la post dictadura, la nación experimenta una fragmentación identitaria producto del largo período en que un sector de la población fue excluido de la participación ciudadana y considerado por el régimen vigente como factor de riesgo para la adecuada conducción de la república. Las Fuerzas Armadas se instalan como

“garantes de la soberanía nacional”, soberanía que según su visión fue recuperada tras el intento marxista de apropiación de la patria, justificándose por esta vía cualquier medida para salvaguardar el orden público. En consecuencia, se adopta como política el silenciamiento del sector ideológico contrario al régimen militar al grado de intentar su completa desaparición. Tras la recuperación de la democracia será prioritaria para los gobiernos de la Transición la elaboración de un discurso político que permita la incorporación e identificación por parte de la masa ciudadana en torno a un proyecto nacional compartido. Tal elaboración discursiva debe posibilitar la convivencia de los sectores otrora divididos bajo una idea cohesiva de identidad nacional.

Sin embargo, los tradicionales símbolos patrios, pierden su validez como representativos de la totalidad de la ciudadanía producto de la apropiación y manipulación por parte del régimen militar. La bandera, el escudo y el himno nacional como ejemplos, ya no son símbolos representativos del conjunto íntegro de los miembros de la nación, en tanto portadores de una significación que imposibilita el concilio en términos ideológicos de los diferentes sectores sociales. Los gobiernos de la Transición a la Democracia tras el término del régimen militar se dan a la tarea de cohesionar las tendencias opuestas bajo un discurso uniforme de comunidad, por lo que son propuestos, en relación con lo anterior, nuevos símbolos depositarios de una identidad nacional que manifiesten la nueva construcción discursiva. Condición indispensable para la sustentabilidad de la nación es la propia identificación del ciudadano como miembro de un grupo, por lo que dichos símbolos nacionales deben ser capaces de portar como significación un discurso cohesivo, representativo de la idea compartida de nación que se pretende imponer a los miembros que la integran.

De este modo, el presente informe pretende el análisis de la nueva Plaza de la Ciudadanía, como posibilidad significativa dentro del espacio urbano. Interesa indagar cómo dicho espacio se corresponde con las políticas culturales aplicadas por los gobiernos del período de Transición a la Democracia, en torno a la configuración de un discurso relativo a la identidad nacional. Se propone la Plaza de la Ciudadanía como objeto de estudio cargado de significación por parte del gobierno a manera de monumento nacional y ciudadano, pasible de lectura en tanto depositario de una determinada discursividad. La autoridad política señala durante la entrega de este nuevo espacio ciudadano un valor determinado a la plaza, asignándole la representación de la identidad nacional para vincular a toda la ciudadanía con este legado compartido:

***“los chilenos, a lo largo de toda nuestra historia, hemos estado vinculados a las plazas. Nuestras ciudades, reflejo de la concepción hispana de hacer ciudad, han sido forjadas a partir de éstas [...] no sólo nuestra vida personal ha sido marcada por las plazas, también nuestra vida Republicana alberga episodios históricos y determinantes, que establecieron nuestras bases como nación: el 10 de enero de 1818, en la Plaza de Armas de Concepción se proclamó oficialmente la Independencia de Chile. La plaza, lugar de convergencia ciudadana es testimonio de la relevancia de este trozo de tierra urbano que forma parte de nosotros y de nuestra identidad. Se abre un espacio a la convergencia de las ideas, expresiones y sueños de un Chile plural, del Chile de todos.”<sup>1</sup>***

---

<sup>1</sup> Discurso pronunciado en la ceremonia de inauguración de la Plaza de la Ciudadanía. [www.mop.cl](http://www.mop.cl) (Noviembre, 2006)



La Plaza de la Ciudadanía será entendida entonces como manifestación de un discurso en torno a la identidad nacional, que responde al objetivo gubernamental de cohesionar una sociedad fragmentada. Ahora bien, en esta reconfiguración discursiva la Plaza manifiesta la recuperación de valores que instala el creciente populismo que surge en Chile desde las primeras décadas del siglo veinte, a la vez que pretende el distanciamiento de las construcciones estereotípicas que aplican las metrópolis sobre el sujeto y ámbito hispanoamericanos. La intención que subyace es unificar al grueso de la población en un discurso identitario común y compartido, por lo que tal diseño no puede incluir elementos conflictivos para los diferentes grupos ideológicos que componen el todo social. Esto permite que una determinada idea de nación se imponga y logre la aceptación e identificación de toda la ciudadanía.

Abordar la ciudad como objeto pasible de lectura no supone novedad. Conciente de la función de los signos en el espacio urbano, Roland Barthes<sup>2</sup> propone una semiótica que atienda la ciudad como discurso autosuficiente provisto de un lenguaje propio. Para hablar del “lenguaje de la ciudad” pasando de un plano metafórico a uno riguroso, de carácter científico, el autor plantea el estudio en base a unidades de análisis discreto, asumiendo la ciudad como estructura. Pero el autor no propone, sin embargo, una metodología de estudio particular, entendiéndose un aspecto provechoso para la lectura la ingenuidad del lector ante su objeto.

Para Ángel Rama<sup>3</sup> el análisis del modelo urbano impuesto desde la Conquista se convierte en la posibilidad de un análisis más profundo: constatar la visualización de un determinado discurso hegemónico que articula una realidad social y no se subordina a ella. La ciudad latinoamericana da cuenta de la imposición violenta de un modelo urbano metropolitano sobre el territorio que pretende regular las relaciones sociales, dando la espalda a las complejas realidades precoloniales. Rama indaga en la importancia que tuvo en esta dirección el dominio de los signos, en términos concretos y culturales, como herramienta de poder. La ciudad se constituye como símbolo del poder monárquico, motivo que explica la apresurada fundación de ciudades por parte de los conquistadores. El espacio urbano es la manifestación de un nuevo orden, representativo del régimen jerárquico estricto que la corona impone.

El dominio de los signos como herramienta de poder supone el imperio cada vez más fuerte de éstos sobre la realidad en Latinoamérica. La escritura se constituye en la base de la hegemonía española en el continente, convirtiéndose así el dominio del discurso y la producción simbólica en la forma propia de sustentar el poder por parte de una élite colonial y posteriormente republicana. A esta producción simbólica corresponde también la resignificación ante las transformaciones sociales; las transformaciones de la ciudad reflejarían, por lo tanto, las variaciones en el discurso. Por otra parte, serán importantes para el análisis los aportes de Barbero<sup>4</sup> y Sarlo<sup>5</sup>, quienes abordan la ciudad como

---

<sup>2</sup> Barthes, Roland. “Semiología y urbanismo”. *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós, 1993. <sup>3</sup> Ángel Rama. *La ciudad letrada*. Santiago. Tajarar Editores, 2004.

<sup>3</sup>

<sup>4</sup> Romero, José Luis. *Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2004.

objeto significativo legible desde su relación con un determinado contexto social, convirtiéndolo en un espacio de reflexión crítica y manifestación de los procesos experimentados por las sociedades latinoamericanas en su desarrollo.

El presente informe se estructura en cuatro capítulos. El primero intenta esbozar cómo el paradigma moderno determina los conceptos de nación e identidad, principalmente con el aporte de la Ilustración como período racionalista que formula el carácter definitivo de la modernidad. Además, se observa la influencia de ese racionalismo en las construcciones de sujeto elaboradas desde la metrópolis sobre Latinoamérica. En el segundo capítulo, se indaga en el surgimiento y desarrollo del populismo en Chile desde las primeras décadas del siglo veinte, en respuesta al mayor protagonismo de los sectores tradicionalmente excluidos de la esfera pública. El tercer capítulo aborda el gobierno de la Unidad Popular y la posterior apropiación del poder por parte del Régimen Militar, que viene a interrumpir la paulatina democratización del Estado. Un cuarto capítulo pretende discutir brevemente la identidad nacional en el contexto de la globalización.

El análisis de los señalados contextos históricos apunta a determinar de qué manera los gobiernos de la Transición a la Democracia estructuran un discurso identitario nacional entablando relación con un legado histórico. Se recupera así el discurso populista de carácter utópico, a la vez que se instala como fuerza centrípeta el valor de la democracia como única vía que posibilita el progreso de la nación hacia el desarrollo según el modelo metropolitano. El examen de las temáticas propuestas se elabora en función de los elementos constitutivos de la Plaza de la Ciudadanía como superficie de inscripción de una determinada discursividad.

---

<sup>5</sup> Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1988.

# El concepto de nación en el contexto de la modernidad. Consecuencias del racionalismo moderno sobre la identidad hispanoamericana

El discurso ilustrado del siglo dieciocho aporta a la idea de modernidad su formulación definitiva. Es en este período en que aparece una nueva conciencia que busca el vocabulario adecuado para dar cuenta de la experiencia de vivir una nueva y revolucionaria época. En oposición a una sociedad feudal cerrada, que poseía una visión del mundo religiosa y metafísica de carácter unificado, la Ilustración instala como pilares fundamentales las ideas de ciencia y progreso sobre los cimientos de la razón instrumental. El hombre moderno entonces se mira a si mismo como parte de una transición de lo antiguo a lo nuevo, manifestando como experiencia de vida su inserción en un constante devenir histórico<sup>6</sup>. Es bajo este paradigma ideológico que surge el concepto moderno de nación, que termina por imponerse como modelo de organización político-social.

La modernidad desplaza al teocentrismo medieval, situando al ser humano en el

---

<sup>6</sup> Berman, Marshall. "La modernidad: ayer, hoy y mañana", en *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI, 2003. Pág. 1-27.

centro del mundo como medida de todas las cosas. Tal racionalidad le permite al hombre instalarse como señor de ese antes inconmensurable orden divino, en tanto la ciencia constituye la vía de paulatino control del medio. Como bien señala Larraín:

***La edad moderna se define a sí misma como el reino de la razón y de la racionalidad, que han desplazado a la religión, a los prejuicios y supersticiones, a las costumbres tradicionales. De allí nace en ella un sentimiento poderoso de confianza en sí misma, de superioridad tanto con respecto al pasado como con respecto a otras sociedades donde todavía no ha llegado”***<sup>7</sup>.

La apertura que la modernidad conlleva en todo ámbito se da también en el orden de las relaciones entre diferentes pueblos. Un capitalismo emergente genera nuevas relaciones comerciales, por lo que es posible afirmar el carácter inherentemente globalizante de la modernidad. Pero a partir del capitalismo esta globalización también se hace cultural, acelerándose el proceso de interconexión entre las diferentes áreas del mundo por lo que los cambios tienden a ser globales<sup>8</sup>.

En oposición al teocentrismo medieval, no hay en la modernidad prescripciones de cómo debe ser la realidad. La tradición ya no constituye de por sí un factor decisivo para la continuidad de los sistemas que no se sustentan por la razón. Lo anterior redundaba en una experiencia de movilidad y cambio social que se traduce en lo político en un modelo de organización influido por las ideas de libertad y autonomía en todas las esferas de la vida<sup>9</sup>. De este modo la nación se consolida como único sistema capaz de asegurar la participación de cada individuo con iguales derechos en la formación de la voluntad política respetando la libertad como derecho básico e inalienable.

Pero en el seno de la modernidad surgen también problemas causados por un indiscriminado uso de la razón instrumental. Las construcciones del otro que elaboran las naciones más desarrolladas, dan cuenta de un profundo eurocentrismo producto de atribuirse la metrópolis una superioridad racional e intelectual. Bajo el signo de la Ilustración, se concibe la historia de los pueblos como una serie de etapas que todos deben recorrer, como progreso teleológico, unilineal y universal. Los pueblos que no encajan bajo este patrón racional, manifiesto en una adecuada organización social, se consideran atrasados e inferiores, oponiéndose el bárbaro e incivilizado a las naciones ilustradas. La metrópolis atribuye superioridad al progreso que ellos aportan, por lo que debe prevalecer en el mundo justificándose así la intervención sobre las sociedades “atrasadas” y cualquier forma de autoritarismo aplicada para conseguir tal objetivo. Lo anterior facilita el surgimiento de formas de racismo que se imprimen en peyorativas construcciones del otro no civilizado, obviando o subvalorando las culturas divergentes al modelo ilustrado.

En el contexto hispanoamericano, la construcción de un discurso identitario

---

<sup>7</sup> Larraín, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1996. Pág. 19.

<sup>8</sup> *Ibid.* Pág. 27.

<sup>9</sup> *Ibid.* Pág. 17-26.

específico resulta indisolublemente ligada a la relación que entabla este espacio con la metrópolis. La pregunta por la especificidad de una propia identidad nacional, manifiesta la subordinación ante un centro cultural que se instala jerárquicamente sobre Hispanoamérica y que marca peyorativamente la elaboración de aquel discurso propio. Es decir, históricamente, se cuestiona la validez de una identidad propia a causa de esa mirada que la metrópolis aplica sobre Hispanoamérica a partir de la relación de subordinación que se impone desde la penetración violenta del europeo sobre el continente americano. La conquista del territorio supone entonces negar toda posibilidad de subsistencia a las culturas de substrato, imponiéndose una nueva condición del indígena como vasallo del rey. Tal dominación no se limita al plano material sino que se implanta también a nivel espiritual con una nueva religión cuando no se niega la condición humana del indígena y se acepta que posee alma. A pesar del mestizaje, los elementos provenientes del universo indígena, seguirán siendo subvalorados y por largo tiempo absolutamente eliminados como posibilidad de identificación simbólica<sup>10</sup>.

Tal como lo señala Rama, la conquista de América significa la oportunidad de realización concreta de los valores modernos en las tierras vírgenes de un enorme continente. Se ignoran así los valores propios con “antropológica ceguera”, aplicando el principio de tabula rasa y negando ingentes culturas para imponer un nuevo ordenamiento sobre el territorio. La eliminación de los referentes simbólicos, provenientes del mundo precolombino, niega la posibilidad de incorporar dicho universo a la construcción de la identidad. Ante la imposibilidad de construir un discurso identitario propio que incorpore los subvalorados elementos indígenas, los pueblos latinoamericanos mestizos no logran articular una identidad capaz de instalarse en competencia frente al discurso metropolitano hegemónico. De este modo se mantiene la subordinación cultural propia de la colonia. Frente a éste panorama, Europa puede atribuirse una continuidad histórica en la que sustentar su superioridad racial y cultural.

A partir de los procesos emancipatorios, Hispanoamérica pretende lograr mediante la conformación de estados nacionales una independencia cultural principalmente con respecto a España recuperando el modelo de organización política moderno. Sin embargo, en el intento por desligarse de la influencia española, se acude a fuentes igualmente exógenas, en función de respaldar los proyectos nacionales emergentes. Como paradigma de la nación moderna, los planteamientos de Rousseau, que consolida la Revolución Francesa, son recuperados por la intelectualidad ilustrada latinoamericana instalándolos como bases de la soberanía nacional. Es por esta vía que ingresan los criterios ilustrados que determinarán los proyectos nacionales emergentes latinoamericanos, al intentarse la aplicación de los patrones europeos indistintamente al contexto hispanoamericano. Sin embargo, no se logra la elaboración de un discurso identitario autónomo, manteniéndose la subordinación en el ámbito discursivo. A eso apunta Larraín al señalar que “lo que da a un pueblo un sentido de identidad es una cultura compartida que se manifiesta principalmente en el lenguaje”<sup>11</sup>, pero

---

<sup>10</sup> Lo anterior no niega el ingreso de elementos propios del mundo indígena a la cultura que se superpone, sólo la posibilidad de que éstos sean considerados como símbolos depositarios de la identidad nacional.

<sup>11</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit., 2005. Pág. 88.

Latinoamérica no construye un lenguaje propio capaz de sustentar su proyecto soberano. Por cierto, la incorporación del modelo ilustrado por una Hispanoamérica periférica redundante en la aplicación de la misma estructura jerárquica por parte de la oligarquía sobre el grueso de la población, utilizando idénticos argumentos que la metrópolis para justificar su posición de poder en la sociedad. Estos grupos gobernantes mantienen la mirada puesta en el modelo social metropolitano.

En tanto esa mirada peyorativa aplicada por la metrópolis al espacio latinoamericano se construye en base a estereotipos, no considera las particularidades regionales o individuales de cada nación. En consideración a lo anterior, es que los pensadores hispanoamericanos que pretenden la defensa de una identidad propia, lo hacen considerando este espacio como totalidad. Así por ejemplo, siguiendo a Larraín, las identidades particulares entablan una relación con el todo latinoamericano a partir de la hermandad que se sustenta en una historia común y compartida ya desde los procesos emancipatorios que se elaboran como proyectos conjuntos, considerando a Hispanoamérica como totalidad no diferenciada<sup>12</sup>. Esa visión totalizante o de conjunto “no se presenta como la sumatoria de unidades político-geográficas, sino como una concepción cultural vinculada con un proyecto de patria grande”<sup>13</sup>. Como se ve, ante la subvaloración por parte de las metrópolis, las voces que emergen en defensa de la identidad hispanoamericana lo hacen por lo general para defender una especificidad como un todo unívoco.

En síntesis, los valores que instala el discurso moderno, lo que Habermas ha dado en llamar el “proyecto” de la modernidad<sup>14</sup>, se imprimen en el concepto de nación que surge durante la Ilustración. Como modelo de organización política, la nación permitiría llevar a la práctica el desarrollo y progreso que sustenta la razón. Producto del mismo racionalismo y marcado eurocentrismo, surgen desde la metrópolis construcciones estereotipadas del ámbito hispanoamericano. La intelectualidad ilustrada durante el proceso de emancipación y conformación de los nacientes estados nacionales, reproduce el discurso metropolitano con lo que se perpetúa la hegemonía europea y subvaloración de la identidad Hispanoamérica. Junto a ello, cabe destacar la importancia de la relación con el “otro” en la construcción de la propia identidad ya que es a partir de esta relación que se construye una imagen propia en función de las semejanzas o divergencias con los modelos observados. Así señala Larraín:

***“La construcción de identidad es así un proceso social en un doble sentido: primero, los individuos se definen a sí mismos en términos de ciertas categorías sociales compartidas [...] Segundo, la identidad implica una referencia a los ‘otros’ en dos sentidos. Primero, los otros son aquellos cuyas opiniones acerca de nosotros internalizamos, cuyas expectativas se transforman en nuestras propias autoexpectativas. Pero también son aquellos con respecto a los cuales***

<sup>12</sup> Ibíd.

<sup>13</sup> Ángel Rama. Op. Cit., Pág. 19.

<sup>14</sup> Habermas, Jürgen. “Modernidad, un proyecto incompleto”. En Casullo, Nicolás, *El debate modernidad-postmodernidad*. Buenos Aires. El cielo por Asalto. 1993.

***queremos diferenciarnos”<sup>15</sup> .***

También la identidad nacional es influida por la percepción del “otro” para configurar una realidad propia. El cada vez mayor contacto entre naciones que favorece la modernidad, pone tanto a individuos como a grupos y naciones frente a una serie de nuevos “otros” a partir de los cuales pueden definirse a sí mismos. Pero este contacto entre naciones no se da en igualdad de condiciones, sino que a partir de una relación hegemónica y jerárquica. En este sentido es que el contacto con la metrópolis ha determinado la subvaloración de la identidad hispanoamericana, extendiéndose hasta la actualidad los estereotipos negativos que surgen desde los inicios de la relación entre ambos continentes.

Los valores ilustrados que determinan el concepto de nación no suponen su inmediata aplicación en la realidad concreta a la hora de adoptar una sociedad este sistema político. Se manifiesta entonces una divergencia entre el discurso moderno y su verdadera realización en los diferentes contextos. En Latinoamérica, una oligarquía terrateniente acoge el discurso ilustrado de modo excluyente y no permite la incorporación de las clases populares. Al comenzar el siglo veinte los sectores excluidos disputan su derecho a participación e inclusión, logrando modificar el sistema político hasta la actualidad. A continuación será abordado ese proceso en Chile como el intento por parte de estos nuevos sectores de aplicación concreta del proyecto ilustrado de nación.

---

<sup>15</sup> Larrain, Jorge: “Globalización e identidad nacional”. En: *Revista chilena de Humanidades* N° 20, 2000.





# Desarrollo del populismo en las primeras décadas del siglo XX: monumento a Alessandri como espacio de memoria nacional

A pesar de ser considerado “el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo”<sup>16</sup>, no existe una definición científica de nacionalismo. Benedict Anderson propone como definición operativa de nación “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”<sup>17</sup>. Imaginada por el hecho de sentir sus integrantes una comunión, aún cuando es imposible el conocimiento mutuo entre la totalidad de sus miembros. En segundo lugar, es limitada, en tanto no existe una nación que no tenga fronteras finitas. Tercero, la nación se concibe como soberana, como resultado de su surgimiento durante la Ilustración destruyéndose la legitimidad del reino dinástico sustentado en principios divinos. Por último, la nación es asumida por sus miembros como comunidad ya que “se concibe siempre como un compañerismo profundo,

<sup>16</sup> Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. Pág. 19.

<sup>17</sup> *Ibíd.* Pág. 23.

horizontal”<sup>18</sup> independiente de las posibles desigualdades existentes dentro de una determinada sociedad.

En otro sentido, Jean-Louis Déotte, a partir de su lectura de Renan, define la idea política de nación como “el legado aceptado en común y por consentimiento mutuo de una aglomeración de hombres”<sup>19</sup>. Consentimiento voluntario, si bien cualquier intento de justificación parece no resistir un análisis a cabalidad. Ya que tal concepto parece no sustentarse en ningún tipo de entidad substancial, como raza o lengua, se impone la idea de un patrimonio común en tanto sólo es posible adherir en torno a aquello de lo que se tiene una experiencia compartida que no considera las diferentes interpretaciones que cada individuo realiza de aquel bagaje cultural. Ese legado común no sólo recupera lugares de memoria sino que hace necesario incorporar el olvido activo como dimensión a considerar ya que:

**“sólo se instituye lo político más por el olvido activo que por el trabajo del duelo voluntario [...] No se trata de llevar al conocimiento de la nación la totalidad de las antiguas pertenencias populares. El historiador las conoce de sobra, pero están cargadas de una fuerza terrible. Es un saber que no todos pueden compartir.”**<sup>20</sup>

Sustentar el concepto de nación en el consentimiento mutuo y voluntario implica entonces, incorporar como dimensiones constitutivas de la identidad nacional tanto la recuperación de “lugares de memoria”, como la participación de un “olvido activo”. Lo anterior implica además, entender la historia de la nación como un constructo identitario a cargo de un “tribunal”<sup>21</sup> que incluya o excluya cada evento de la superficie de inscripción. El discurso identitario, como constructo, supone la intervención por parte de los agentes que detentan el poder y, por lo tanto, permiten o restringen la inscripción de cada evento en la memoria nacional, de acuerdo al determinado proyecto que sustenten. Sin embargo, como señala Sarlo, a pesar de los intentos de los círculos de poder por controlar la totalidad de la “narración histórica”, el pasado siempre regresa y nunca es posible silenciarlo por completo. La autora distingue un olvido activo y un olvido pasivo, donde el primero constituye el radio de acción de las políticas aplicadas por el poder, que sin embargo no logran el pleno silenciamiento de los hechos terribles que la nación no debe recordar. La memoria persiste<sup>22</sup>.

En relación con lo anterior, es posible atender al monumento como elemento simbólico depositario precisamente de aquel legado común y compartido, representativo de una idea de comunidad. En la plaza pública se solidifica un fragmento de la memoria

---

<sup>18</sup> Ibíd. Pág. 25.

<sup>19</sup> Jean-Louis Déotte. *Catástrofe y olvido. Las ruinas, Europa, el museo*. Santiago de Chile. Ed. Cuarto Propio, 1998.

<sup>20</sup> *Ibíd. Pág. 27.*

<sup>21</sup> Por tribunal no debe entenderse en este caso sólo la institución jurídica, sino los procedimientos que caracterizan a la historiografía y museografía, que autorizan o niegan el registro.

<sup>22</sup> Beatriz Sarlo. Op. Cit., 2005.

nacional, una imagen representativa susceptible de recuerdo que permita entender el presente como fruto de los triunfos conquistados por el esfuerzo del pasado. El monumento encamina la construcción del relato histórico en que se sustenta la idea compartida de nación, destacando los hitos de ese legado que cohesionan a la comunidad en torno a victorias interpretadas como propias. Más allá de la capacidad del ciudadano medio de profundizar en el significado que una determinada imagen porta, permite presumir un pasado inmemorial garantizando lo intangible de un alma nacional permanente e inalterable. Es en este sentido que el monumento supone la recuperación de un legado significativo para la narración histórica como símbolo cohesivo y representativo al que el ciudadano adhiere.

Ocupando un lugar central de la Plaza de la Ciudadanía, se levanta el monumento a Alessandri. La remodelación del frontis de La Moneda mantiene el monumento en su lugar. Arturo Alessandri Palma, presidente de Chile entre los años 1920 y 1925; luego entre 1932 y 1938 en un segundo período de gobierno, deberá afrontar durante su mandato algunas de las problemáticas que surgen a partir del paulatino desplazamiento de los sectores oligárquicos de carácter agrícola a causa de las transformaciones sociales producidas en el país durante las primeras décadas del siglo. No se pretende, sin embargo, profundizar en un análisis histórico detallado en torno al gobierno de Alessandri, objetivo que sin duda escapa a las modestas posibilidades del autor, sino más bien visualizar el contexto general en que el discurso político incorpora las demandas de sectores sociales tradicionalmente excluidos de la esfera pública y que permite el surgimiento en Chile de gobiernos de carácter populista. Lo anterior en función de determinar en qué sentido el discurso identitario nacional propuesto por la Transición recupera la figura política en el monumento.

El contexto social latinoamericano se verá profundamente alterado a causa de las repercusiones que la crisis económica mundial genera sobre las economías. La depresión del mercado internacional produce el cierre de las importaciones por parte de los países más desarrollados de los que dependen como exportadores de materias primas. Chile no es ajeno a tal panorama. El flujo desde zonas rurales a la capital y el consiguiente crecimiento de la ciudad dibujan un nuevo escenario político, en que adquiere un rol protagónico la naciente masa social reclamando una mayor participación en la esfera pública<sup>23</sup>. La llegada al poder de Alessandri fue sin duda permitida por el apoyo popular de esta nueva clase social junto con una clase media que se siente incluida y representada en su figura<sup>24</sup>. A partir de este momento, tal apoyo será requisito fundamental para la conducción del país, de modo que el discurso público se amplía para la inclusión de un nuevo sector social tradicionalmente excluido.

Al asumir Alessandri, la economía nacional debe reajustarse ante la baja demanda de salitre y carbón, principales fuentes de ingreso de la nación. Los sectores poseedores de la riqueza reaccionan intentando proteger al máximo sus intereses sin ver perjudicada su situación. Como resultado, se produce un empeoramiento en las condiciones de vida

---

<sup>23</sup> Romero, José Luis. Op. Cit. Pág. 292.

<sup>24</sup> Vitale Luis. "Populismo". *Interpretación marxista de la historia de Chile*. Tomo VI. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1998.

dada por el alto desempleo que afecta los sectores más desprotegidos. La principal consecuencia ante la crisis económica interna es el desplazamiento hacia las urbes de la población proveniente de zonas rurales y el consiguiente crecimiento y “masificación de la ciudad”, como ha dado a llamar José Luis Romero. “Caídos vastos sectores en la miseria, buscaron en su horizonte cómo salir de ella. Una de las principales salidas pareció a muchos la emigración a la ciudad”<sup>25</sup>, principalmente por la posibilidad de trabajo que significaba una industrialización creciente y que, sin embargo, tampoco logra solucionar un desempleo siempre mayor que la demanda laboral.

El rápido crecimiento de la ciudad que provocan las migraciones internas implica también un cambio en los modos de vida y socialización. Los nuevos habitantes de la urbe comparten la experiencia adversa que supone el asentamiento en un espacio ajeno, además de las duras condiciones de trabajo y vivienda. Las nuevas fuentes laborales permiten también un intercambio cotidiano inter pares, ya que el trabajo urbano se realiza principalmente en compañía de otros trabajadores con quienes compartir tanto la faena como “el comentario, las reacciones, quizá la lucha contra la patronal a través de sindicatos que ofrecían la posibilidad de una intensa participación en la vida social”<sup>26</sup>. Comienza de este modo a gestarse una creciente solidaridad, condición previa para que la naciente masa ciudadana reclame un espacio que siente suyo. A partir de esto se originan nuevas formaciones políticas inclusivas de sectores otrora excluidos del escenario político, por lo menos a nivel discursivo. Este escenario es el que permite el surgimiento de una forma embrionaria de populismo, que hace entrar en crisis el viejo sistema de dominación oligárquica. Luis Vitale señala como características de este populismo moderno el tener base de sustentación social en fuerzas policlasistas, presentando liderazgos carismáticos y agitando banderas nacionalistas<sup>27</sup>. Alessandri capta e incorpora en su discurso las demandas de la naciente masa social instalando sus exigencias como metas de su gobierno, principalmente una mayor participación en la esfera pública.

Es posible abordar el surgimiento del populismo, de acuerdo con sus objetivos, como la demanda por parte de las “clases populares”<sup>28</sup> de aplicar en la construcción de la sociedad los principios que instala la Ilustración como fundamentos de la nación moderna. La organización de la sociedad bajo un régimen nacional debe permitir la igualitaria participación de los individuos en el ámbito ciudadano, garantizándose la libertad y autonomía de los diferentes sectores dentro de la estructura social. Desde este punto de vista, las clases populares disputan a la oligarquía terrateniente su derecho a

---

<sup>25</sup> Romero, José Luis. Op. Cit. Pág. 320.

<sup>26</sup> *Ibid.* Pág. 322.

<sup>27</sup> Vitale, Luis. Op. Cit.

<sup>28</sup> Se utiliza la expresión “clase popular” en el sentido amplio e inclusivo en que la ocupa Salazar: “hombres, mujeres y niños afectados por situaciones de explotación, represión y exclusión, que construyen, a partir de ellas, redes de identidad y de acción específicas”, es decir, los sectores tradicionalmente excluidos de la esfera pública. Ver: Salazar, Gabriel. “Construcción de estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad”. *Proposiciones* 24 (1994): 92-110.

participación y representación política hasta entonces limitado.

Al apelar a las clases populares como objetivo central de su programa de gobierno, Alessandri logra instalarse con el poder político apoyado por una masiva votación, principalmente en las grandes ciudades donde se concentra un mayor número de individuos producto de los cambios provocados por la industrialización y urbanización. Sintiéndose representados políticamente, el nuevo proletariado urbano genera esperanzas e ilusiones en torno a los movimientos populistas y sus promesas de mejoramiento de las condiciones de vida. Un factor mediatizador de gran relevancia para captar el apoyo de la masa social, lo constituye el fuerte nacionalismo presente en el ampliado discurso político. En Alessandri recae entonces el mérito de apelar por primera vez en la historia nacional a los requerimientos de las clases populares en vistas a una igualitaria participación en la construcción del estado, elaborando un discurso marcadamente populista con el objetivo de captar el apoyo del emergente proletariado urbano.

El fortalecimiento de las clases y movimientos populares redundaba en relativas mejoras en las vías de participación política, producto de permitir estos nuevos sectores una forma de presión para resistir los ataques de la oligarquía terrateniente que impide la redistribución de la renta nacional a favor de una creciente burguesía industrial. Sin embargo, la necesidad de apoyarse en los movimientos de masas por parte del gobierno, no implica dudas a la hora de emplear los aparatos represivos para aplastar fulminantemente cualquier intento por parte de las clases populares de exigir la aplicación del programa "populista", por lo que no significa una real oportunidad de participación o representación para la clase excluida. Lo que se advierte entonces es la confusión a nivel de discurso de una forma de llevar a cabo los proyectos de poder político en franca distancia con los intereses de la masa. La perspectiva de Vitale intenta justamente dilucidar esa situación:

***“Lo que ocurre es que bajo el “gobierno populista” la dictadura burguesa asume otra forma, inclusive disfrazada de una mayor participación popular. Bajo la careta de un nuevo gobierno con mejores expectativas de participación, se producía el traslado del poder de un sector burgués a otro, aparentemente menos tradicional en sus métodos de explotación, subsistiendo la dominación burguesa bajo nuevas circunstancias”***<sup>29</sup> .

En estas condiciones cabe plantear la pregunta de cuál es precisamente el valor que rescata el monumento en la figura de Alessandri si se atiende a la Plaza de la Ciudadanía como construcción discursiva. Los gobiernos de la Transición a la Democracia, a la hora de reconstruir un discurso relativo a la identidad nacional tras la fragmentación que implica la dictadura, recuperan en la figura política de Alessandri la supuesta ampliación de la esfera pública que supone la incorporación de nuevos sectores en el discurso político. Lo anterior se da por el auge de la burguesía industrial en perjuicio de la oligarquía terrateniente, por lo que el sistema político debe adaptarse a nuevas condiciones en las que una creciente masa ciudadana se convierte en factor decisivo para la consecución del poder. Requisito fundamental para lograr la conducción de la nación será captar el apoyo de este sector ciudadano emergente, que precisamente

---

<sup>29</sup> Vitale, Luis. *Op. Cit.*, Pág. 63.

reclama mayor participación. En respuesta a las demandas de las clases populares, el gobierno introduce cambios tendientes a mejorar la difícil situación económica y social, por ejemplo, mediante la elaboración de un código del trabajo o la formación de registros electorales que pretende asegurar la participación de las minorías mediante votación directa. Una nueva constitución, principal pilar de la nación moderna desde la Ilustración, garantiza la separación de la Iglesia y el Estado a la vez que centraliza la conducción de la república en un régimen presidencialista. De este modo, el gobierno populista asegura el apoyo del proletariado urbano, con lo que logra disputar el poder a la aristocracia agraria. Paralelamente son reprimidos con mano dura los sectores disconformes; baste como ejemplo las intervenciones militares ante la huelga de la oficina salitrera San Gregorio en Tarapacá<sup>30</sup> sumado a otros movimientos que provocan la distancia de los sectores populares.

El retorno a la democracia supone la recuperación ciudadana de la participación política y su inclusión como tal tras las restricciones impuestas por un régimen autoritario; la Transición se instala como continuación de una historia democrática interrumpida por la dictadura. Tal continuidad tendría su origen en el período histórico en que la ciudadanía logra disputar el poder político a una oligarquía que restringe la aplicación de un sistema participativo liberal y amplio para sólo un sector minoritario de la población. La figura de Alessandri representa, en este sentido, la ampliación de la esfera pública al grueso de la población asignándose a su gobierno la construcción de una democracia inclusiva y participativa.

Lo que se revela en definitiva es que el proceso discursivo de construcción de identidad es altamente selectivo y excluyente, es decir, escoge rasgos y deja fuera otros, intentándose una elaboración lógicamente articulada y con pretensiones de generalidad. Si el monumento es un espacio de memoria nacional, es en este espacio en que se deposita el constructo que constituye el legado al que el ciudadano adhiere en torno a una idea compartida de nación. El monumento no porta en sí la totalidad de la narración histórica, en función de una política del olvido que permita la aceptación de la ciudadanía de ese legado, que a un nivel profundo, no deja de ser conflictivo.

En síntesis, durante las primeras décadas del siglo veinte, las clases populares excluidas reclaman participación en la esfera pública, lo que supone la aplicación concreta de los valores que instala la Ilustración en torno a la nación como organización política por lo que el surgimiento del populismo presume la inclusión en el discurso público de la naciente masa ciudadana. Incorporando a nivel discursivo las problemáticas de este sector, Alessandri capta el apoyo popular logrando conseguir el poder político. Desde este momento la construcción de un discurso político que apele a las masas constituye una condición para conseguir, mediante votación directa, detentar el mando de la nación. La Transición, por su parte, asigna a este gobierno el origen del sistema democrático vigente recuperado tras la dictadura. El monumento es depositario de este legado al que la comunidad adhiere voluntariamente en torno a un discurso identitario nacional cohesivo. Tal como señala Brunner “el poder no es sino la capacidad de

---

<sup>30</sup> Con fecha 14 de febrero de 1921, Alessandri no sólo deben enfrentar la responsabilidad atribuida a su gobierno por la muerte de 73 personas sino una seguidilla de movimientos no conformes con el destino de las salitreras.

---

reescribirnos nuestro pasado y de obligarnos a actuar y a entender el presente según las imágenes proyectadas por su *fragmento del espejo*.”<sup>31</sup>

<sup>31</sup> Como metáfora de la identidad nacional, Brunner acude a la imagen de un espejo trizado, que permite un reflejo diferenciado según los diversos fragmentos constituidos por las diferentes interpretaciones de la nación. Brunner, José Joaquín. *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago. FLACSO, 1988.





# La nación como proyecto: recuperación de la democracia como vía hacia el desarrollo

***Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo, se abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.***

**Salvador Allende**<sup>32</sup>.

En el capítulo anterior se abordó la nación principalmente como un legado en común aceptado voluntariamente por un conjunto de individuos. Pero, producto de su surgimiento durante la Ilustración, la nación también implica un proyecto a futuro. Es decir, la nación se desarrolla hacia un determinado fin. La elaboración de construcciones discursivas de la identidad nacional cohesiona además a la ciudadanía bajo una meta compartida, un proyecto nacional conjunto cuya consumación depende del esfuerzo en común por parte de sus miembros. A nivel discursivo, el proceso histórico se presenta como proyecto que puede enfrentar avances o retrocesos en su desarrollo, sin embargo, no sólo los logros nacionales se configuran como depositarios de un alma nacional; también la ciudadanía se cohesiona en torno al duelo común o compartido. En “el

---

<sup>32</sup> Allende, Salvador. *Discurso final pronunciado el 11 de septiembre de 1973. www.memoriachilena.cl (15 Dic. 2006)*

pasado, una herencia de gloria y pesares que compartir; en el futuro, un mismo programa a desarrollar”<sup>33</sup>.

Como se ha mencionado más arriba, el prolongado período en que la nación se conduce bajo un régimen militar autoritario, trae aparejada la pérdida de una idea compartida de identidad nacional. Con miras a la reconfiguración de una nueva formulación discursiva sobre la identidad, el poder político durante la Transición a la Democracia debe reformular tanto el legado histórico nacional, como el proyecto a futuro instalado como objetivo patrio. Pero pocas son las posibilidades de apelar a la historia reciente para tal reestructuración, dado su inminente carácter conflictivo para la totalidad de la ciudadanía a consecuencia de mantenerse vigentes en la memoria social los elementos en tensión. A continuación se pretende indagar en el determinado proyecto nacional propuesto por la Transición, centrando la atención en otro aspecto constitutivo de la Plaza de la Ciudadanía: los caminos que cruzan la Plaza hacia la entrada del palacio de Gobierno.

Convergen en la principal entrada del Palacio de La Moneda, sede del poder político, varias vías de acceso que atraviesan la Plaza de la Ciudadanía. Estos caminos permiten diferentes direcciones para el ingreso a La Moneda desde la Alameda del Libertador Bernardo O’Higgins. Tal disposición da luces precisamente sobre el aspecto en que la Transición sustenta el proyecto nacional: el valor de la democracia a modo de única vía que posibilita la adecuada conducción de la república hacia el desarrollo y modernización. En este sentido, se pretende el distanciamiento con respecto al régimen autoritario militar precedente que provoca una crisis y fragmentación de la identidad nacional.

Tal como señala Larraín, las tensiones dentro de la “comunidad imaginada” chilena tienen su antecedente en el contexto histórico previo a la dictadura. Ya la reforma agraria, implementada durante el gobierno de Frei Montalva, constituye una amenaza para los intereses del sector agrícola tradicional, lo que “enfrenta a trabajadores y campesinos, de una parte, e industriales y propietarios agrícolas de la otra”<sup>34</sup>. Sin embargo, las reformas introducidas en este período se mantienen en el marco de la legitimidad jurídica, y se realizan de acuerdo a leyes aprobadas por el parlamento.

Será el gobierno socialista de Salvador Allende el momento en que aumente considerablemente la percepción de amenaza al interior de la nación. El programa de gobierno de la Unidad Popular constituye un intento por vía democrática de aplicación del programa populista a favor de las clases más desprotegidas. Bajo el ideario socialista, se asigna un rol protagónico al Estado en la construcción de una sociedad igualitaria que asegure el bienestar de la totalidad de los integrantes de la nación. Comienza en este período a forjarse una nueva identidad que pone énfasis en los aspectos populares de la cultura, con una marcada “matriz igualitaria y desarrollista que combinaba desarrollo industrial con apoyo estatal y con ampliación de derechos de los trabajadores”<sup>35</sup>. Sin

---

<sup>33</sup> Déotte, Jean- Louis. Op. Cit., Pág. 26.

<sup>34</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit, 2005. Pág. 161.

<sup>35</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit., 2001. Pág. 172.

embargo, sectores más radicales muchas veces sobrepasan la legalidad, realizando “tomas” de industrias o empresas agrícolas, lo que aumenta la sensación de desprotección en los sectores de oposición, decididos a poner fin al gobierno elegido precipitando al país en una crisis interna.

El golpe militar pone término abrupto al proyecto socialista de construcción nacional, con lo que se radicaliza la división. Como régimen autoritario, se disuelve el parlamento, se prohíben los partidos políticos y sindicatos, se subyuga a los tribunales de justicia, desatándose un proceso de terror y represión que excluye de participación ciudadana a amplios sectores de la población, rompiéndose el sentido de fraternidad y comunidad que Anderson postula como sustento de la nación<sup>36</sup>. En efecto, el sector excluido ya no puede seguir considerándose parte de la misma comunidad imaginada.

El régimen militar elabora un discurso identitario en que asigna a las fuerzas armadas el rol de garantes de la soberanía nacional, gracias a las cuales se recupera la independencia de la república ante la “amenaza del marxismo internacional”. Además de señalarlas como progenitoras de la chilenidad, la versión militar de la identidad destaca la importancia de la guerra en la formación de un sentimiento propiamente nacional. Las sucesivas contiendas bélicas han proporcionado “el orgullo y el beneficio de la victoria, que ha reforzado el nacionalismo consciente”<sup>37</sup>. Luego, el ejército tendría un papel central en la creación y desarrollo del Estado y la nación chilena, por lo que además de ser depositario de los valores patrios, tendría a su deber la tutela y defensa de esos valores. Es en este sentido que la constitución de 1980 considera a las fuerzas armadas como “garantes de la institucionalidad”. La versión militar de la identidad apela también a la existencia de una raza particular chilena que habría surgido por la mezcla de pueblos guerreros y viriles: el pueblo araucano y el soldado conquistador español. Larraín agrega un acentuado machismo como característica de esta versión de la identidad nacional, ya que al destacar las cualidades patriarcales, evalúa a la mujer como un ser temeroso y secundario incapaz de detentar en sí los valores representativos de lo nacional<sup>38</sup>.

El sector político contrario al régimen militar queda excluido de este discurso identitario y se desconoce su derecho a participación en la comunidad nacional. El amplio sector ciudadano que no adhiere al régimen vigente pasa a ser considerado como “enemigo interno”, en torno al cual se aplica sistemáticamente una política de terror. La manipulación del temor, internalizar en la población el “miedo al otro”, crea una sensación de vulnerabilidad que justifica cualquier medida para asegurar la propia tranquilidad; tal negación permite las violaciones a los derechos humanos, torturas, exilio y el intento de hacer desaparecer de la memoria nacional aún la existencia misma del sector ideológico contrario. Como consecuencia, la sociedad resulta radicalmente dividida y traumatizada por las sistemáticas violaciones a la constitucionalidad.

<sup>36</sup> Anderson, Benedict. Op. Cit. Pág. 19.

<sup>37</sup> Polloni, Alberto. *Las Fuerzas Armadas de Chile en la vida nacional. Compendio cívico-militar*. Citado en: Larraín, Jorge. Op. Cit. 2001. Pág. 146.

<sup>38</sup> *Íbid.* Pág. 164.

La elaboración de una nueva discursividad relativa a la identidad nacional que integre y cohesione los escindidos sectores ideológicos presentes en la nación, se constituye como requisito para consolidar la recuperación de un régimen democrático de gobierno. En función de esto, se recopila el legado histórico para proyectarlo a futuro, como propósito compartido por los integrantes de la república. Tal constructo discursivo, si bien se elabora en oposición al régimen autoritario precedente, no puede incorporar elementos conflictivos para las diversas tendencias sociales, para captar una adhesión amplia y representativa de la totalidad de la ciudadanía. Se recuperan entonces los aspectos susceptibles de recuerdo para una memoria nacional, pero también opera una política del olvido que deja fuera de la narración histórica precisamente las voces que, en un contexto democrático, emergen exigiendo a la justicia reparaciones profundas y concretas.

Para reconfigurar un discurso identitario nacional, los gobiernos de la Transición a la Democracia recuperan como legado histórico el período previo al golpe militar que se constituye como cúspide de un avance sostenido hacia la construcción de un Estado democrático e igualitario. El interrumpido gobierno de la Unidad Popular, pretende la aplicación concreta del programa populista presente en Chile desde las primeras décadas del siglo en vías de ampliar la participación ciudadana a nuevos sectores. La Transición se atribuye una continuidad histórica en el proceso de construcción de una sociedad democrática, recuperando de este modo los valores que instala el discurso socialista de carácter utópico presente en el programa de gobierno de la Unidad Popular.

Sin embargo, tal recuperación se realiza sólo a nivel discursivo, pues no se considera la posibilidad de una transformación radical a las políticas que lega la dictadura en el ámbito económico y legal. Las políticas culturales aplicadas por la Transición, pretenden que la ciudadanía interprete el discurso del gobierno como continuidad democrática, entablando relación con el proceso histórico previo. Sin embargo, esto no redundará en reales modificaciones a la constitución o al sistema económico neoliberal. La posibilidad de alterar el marco legal despertaría en el sector económico y de oposición nuevos temores, fundados en la reminiscencia de la inestabilidad que les significó el proyecto socialista. En este sentido, la reelaboración del discurso identitario debe excluir las temáticas conflictivas, recuperándose sólo el valor de la democracia como vía de desarrollo nacional.

Como manifestación discursiva de la propuesta continuidad histórica, la Plaza de la Ciudadanía se construye como espacio abierto que permite la afluencia masiva de público y su libre circulación. Diferentes caminos convocan hacia la entrada del Palacio de la Moneda, caminos que simbolizan el avance sostenido hacia la consecución del fin que la democracia supone. Se abren esas “grandes alamedas por donde pasa el hombre libre” y la Plaza se instala como punto de convergencia ciudadana. Es en este espacio que la ciudadanía se reúne a celebrar los triunfos nacionales, ya sean de tipo político o deportivo. Como ejemplo de lo anterior, es posible mencionar el acto político en que Michelle Bachelet hace ingreso por primera vez a La Moneda como presidenta de la nación ante una masiva concurrencia. Cabe agregar también que la Plaza se propone como punto de destino de la “Caravana por la Alegría”, organizada tras la reciente muerte de Augusto Pinochet.

Entender la Plaza como centro de convergencia permite la identificación con este espacio que se siente propio y compartido por los miembros de la sociedad. Un sistema democrático sólo se sustenta si existe una idea de colectividad que comparta el legado y proyecto nacionales como esfuerzo común. El objetivo en la aplicación de políticas culturales tendientes a generar en el ciudadano una idea de cohesión social, pretende crear en la población una sensación de inclusión y participación. La plaza como espacio de convergencia ciudadana permite de este modo experimentar el sentido de hermandad con otros integrantes de la comunidad imaginada.

Sin embargo, tal discursividad pretende imponerse en un contexto en que los valores democráticos han perdido vigencia. La recuperación del legado populista no significa el incentivo por parte del gobierno a configurar reales vías de participación ciudadana. Producto de un generalizado desencanto con la clase política, el ciudadano desconfía de movimientos colectivos que involucren su participación para la consecución de intereses compartidos. La dictadura genera en la población un temor general al conflicto y a la represión, lo que reduce la identificación del ciudadano en movimientos sociales concretos. Esta situación es favorable para el sector económico que requiere de un clima de estabilidad para asegurar sus intereses. La existencia real de una fuerza que demande mejoras sociales, constituiría un riesgo para el poder económico.

Por cierto, el sistema económico neoliberal legado por la dictadura genera consecuencias en las construcciones de identidad de la población. Si las movilizaciones políticas eran la base para lograr reconocimiento social, se privilegia actualmente el mercado como medio preferido para obtener dicho reconocimiento, es decir, “se ha pasado del énfasis en el movimiento colectivo a un énfasis en el consumo como base de construcción de identidades.”<sup>39</sup> En consecuencia, la sociedad chilena se reestratifica según criterios puramente monetarios.

Concebir el consumo como único medio de progreso y expresión de identidad redundante en una búsqueda de reconocimiento atomizada e individual que desincentiva la lucha colectiva. Las reivindicaciones políticas se abandonan, lo que desvincula, en consecuencia, a la ciudadanía de los referentes colectivos tradicionales como el sindicato o el partido político. Lo anterior, según Larraín, favorece un individualismo que “conspira contra una ética de trabajo, dificulta los procesos de aprendizaje de más largo plazo y tiene consecuencias despolitizadoras”.<sup>40</sup>

En síntesis, la Plaza de la Ciudadanía como representación de un nuevo discurso en torno a la identidad nacional propuesto por la Transición, manifiesta la recuperación de la democracia como el más alto bien nacional. En este sentido, la Plaza incorpora en su construcción espacios abiertos y caminos que convocan en la entrada del Palacio de La Moneda apelando simbólicamente a la inclusión ciudadana en la esfera pública. Tal construcción discursiva entabla una continuidad histórica respecto del discurso populista que surge a comienzos del siglo XX buscando mayor participación para las clases populares tradicionalmente excluidas en vías de construir una sociedad realmente

---

<sup>39</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit. 2005. Pág. 178.

<sup>40</sup> *Ibid.* Pág. 180.

centrada en el bien común y representativa de las ideas de libertad e igualdad social.

La pérdida de la democracia se configura como un duelo común para los miembros de la nación, a la vez que su recuperación se instala como la única vía posible para lograr el desarrollo y progreso en que la modernidad centra su proyecto. Sin embargo, tal recuperación se aplica sólo en el plano del discurso, en tanto se conserva el marco legal y económico neoliberal heredado por la dictadura. A consecuencia del capitalismo, se disuelven los desafíos políticos conjuntos, perdiendo fuerza y valor el sistema democrático. La identidad se deposita en el consumo, lo que acrecienta el individualismo al interior de la sociedad. La manipulación del legado histórico en función de la elaboración de un discurso identitario cohesivo supone un poderoso mecanismo de control social que perpetúa conservadoramente el sistema vigente sobre una población desideologizada y despolitizada.

## Configuración de estereotipos. Distanciamiento de la nación del ámbito latinoamericano

Hasta aquí se ha abordado la identidad sólo como elaboración discursiva que permite una cohesión entre los integrantes de la comunidad nacional. Pero la identidad considera además la relación que se entabla con los otros en función de incorporar semejanzas y marcar diferencias. En el contexto de una modernidad que permite un contacto cada vez mayor entre naciones, cabe indagar en la relación que la identidad chilena mantiene tanto con el espacio latinoamericano del que forma parte, como en relación con las naciones que detentan un estatus de desarrollo. Para tal efecto, se atiende un nuevo aspecto de la Plaza a considerar.

La remodelación del frontis del Palacio de La Moneda implica, además de los cambios introducidos en la Plaza de la Ciudadanía, el cambio en la tonalidad de la sede de gobierno. La anterior modificación en relación con la instalación de fuentes de agua permite suponer que esa nueva coloración no es fruto del azar. El espacio urbano que constituye la sede de gobierno incorpora sólo tonalidades frías, en función de crear la imagen de un país gélido, manifestando un distanciamiento respecto del ámbito latinoamericano “tropical” sobre el que se elaboran negativas construcciones del “otro” por parte de las metrópolis. De este modo Chile pretende insertarse entre los países desarrollados que pertenecen a una nueva comunidad moderna de tipo mundial; la aldea

global.

Como ya ha sido abordado, las construcciones del “otro” latinoamericano se elaboran sobre la base de un marcado racionalismo y eurocentrismo. Desde la conquista, Hispanoamérica se considera incapaz de incorporar el proceso histórico de desarrollo que detentan las sociedades metropolitanas. Tal como indica Larraín, se configura el carácter latinoamericano como “inherentemente defectuoso (por lo que) los procesos políticos carecen de racionalidad y dirección”<sup>41</sup> históricas, a diferencia de las naciones ilustradas civilizadas. Por otra parte las ciencias naturales elaboran descripciones del ámbito latinoamericano que relacionan su supuesta inferioridad con una naturaleza hostil, llegando a postularse que los habitantes de las regiones tropicales son inferiores al resto de la especie humana, producto de un clima húmedo y un aire mal sano que afectaría su desarrollo<sup>42</sup>. Surgen entonces concepciones estereotipadas en la construcción del otro que se conservan hasta la actualidad, sustentando un discurso colonial que depende de la negación de la otredad para perpetuar una posición jerárquicamente superior.

Estos estereotipos pretenden explicar la incapacidad de las naciones latinoamericanas de adoptar un régimen democrático de gobierno. “Los rasgos identitarios propios, tales como desobediencia, carácter indómito, desapego por el trabajo intensivo y sedentario”<sup>43</sup> hacen imposible una organización social estable que no recurra al autoritarismo como vía de control precisamente de los aspectos negativos de la sociedad. Esto explica, por ejemplo, la recuperación por parte del régimen militar de la figura de Portales como agente de organización social en el contexto de la anarquía. Pero la Transición pretende justamente el distanciamiento de estos prejuicios para demostrar una capacidad organizativa de igual nivel a la existente entre los países del primer mundo.

Demostrese como sociedad capacitada para la mantención de un régimen democrático constituye un requisito para la integración del nuevo orden económico mundial. Esto permitiría incorporar a la nación en la vía de desarrollo que impone la comunidad global. Si el todo latinoamericano es receptáculo de construcciones peyorativas por parte de las metrópolis que lo excluyen a razón de esto del proceso histórico de desarrollo, se pretende por lo tanto el distanciamiento de aquel espacio bárbaro para configurar una imagen alternativa, manifestando “la necesidad de demostrar continuamente que, a pesar del aislamiento y la distancia, Chile es civilizado”<sup>44</sup>.

La modificación que la modernidad introduce en la relación entre naciones se encuentra ligada al desarrollo del capitalismo como modo de producción. Las comunidades se interrelacionan en función de establecer nuevos vínculos comerciales,

---

<sup>41</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit., 1996. Pág. 66.

<sup>42</sup> *Ibid.* Pág. 69.

<sup>43</sup> Góngora, Mario. “Materialismo Neocapitalista, el actual ‘ídolo del foro’”. *Dilemas* N° 1(1966). Citado en Larraín, Jorge. Op. Cit., 2001. Pág. 123.

<sup>44</sup> *Ibid.* Pág. 252.



por lo que se puede afirmar el carácter inherentemente globalizante de la modernidad. De hecho, el “descubrimiento” de América se da en el marco de la apresurada búsqueda de establecer vías alternativas de comercio, momento desde el cual Latinoamérica pasa a convertirse en el receptáculo más o menos pasivo de los procesos experimentados por las sociedades metropolitanas. La independencia misma del continente se da bajo el ideario de la Revolución Francesa en el marco de las invasiones napoleónicas, así como el ya bosquejado término del régimen oligárquico es condicionado por la crisis económica mundial posterior a la Primera Guerra. Sin embargo, desde los años sesenta se produce un paulatino proceso de interconexión favorecido por los nuevos medios de comunicación y sistemas de transporte. Lo anterior determina el surgimiento de nuevas relaciones sociales que ya no sólo operan en el ámbito económico, sino que determinan cambios a nivel cultural, modos de vida y socialización. Todo esto repercute sin duda en las identidades personales y colectivas. En la medida en que Chile incorpora como proyecto de desarrollo su ampliación hacia una economía global, elabora políticas que le permiten la aplicación de ese nuevo sistema a nivel interno, como bien señala Salazar:

**“ejecutar ajustes técnicos en los mecanismos interiores del Estado, a fin de realizar en lo nacional la idea internacional, actual de modernidad [...] se diluye lo privado interior en lo privado exterior, y reemplaza una legitimidad local por una (supuesta) legitimidad mundial”<sup>45</sup>.**

La Transición ha instalado la posibilidad de insertarse entre los países desarrollados como meta nacional a corto plazo. Pero esa inserción en un proyecto de desarrollo mundial desdibuja en la ciudadanía el sentido de pertenencia a los tradicionales elementos depositarios de la identidad, debido a que la identificación que otorga el acelerado contexto global “refuerza ese sentimiento de inestabilidad –falta de fijeza y de profundidad- de nuestras formas culturales presentes”<sup>46</sup>. La globalización pone en contacto al sujeto con una cultura cosmopolita en la que priman los elementos foráneos, lo que pone en riesgo una identidad nacional al perderse las fronteras de lo propio y lo ajeno.

En síntesis, la incorporación de colores fríos en la Plaza manifiesta la intención de distanciarse del subvalorado espacio latinoamericano, con miras a integrar el proceso de desarrollo que detentan las sociedades metropolitanas, es decir, formar parte de la comunidad global. Sin embargo, esto repercute en el debilitamiento de una cultura nacional propia, al perderse los tradicionales elementos depositarios de la identidad por el influjo de la cultura hegemónica cosmopolita.

---

<sup>45</sup> Salazar, Gabriel. *“Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad”*. *Proposiciones* 24, 1994. Pág. 100.

<sup>46</sup> Brunner, José Joaquín. *Globalización cultural y posmodernidad*. México. Fondo de cultura económica, 1998. Pág. 15.



## Conclusión. La Plaza de la Ciudadanía: identidad nacional y narración histórica

Ante la fragmentación que manifiesta la ciudadanía al término del régimen militar, los gobiernos de la Transición a la Democracia deben reelaborar una discursividad relativa a la identidad nacional que cohesione bajo una idea compartida de nación a los diferentes sectores ideológicos presentes en la sociedad. Como requisito para consolidar su posición en la conducción de la república, tal discurso identitario debe lograr la adhesión ciudadana en función de un sentido de comunidad. Esa construcción discursiva se deposita en elementos concretos, dado que “la identidad es un proyecto simbólico que el individuo va construyendo a partir de los materiales simbólicos disponibles”<sup>47</sup>. Sin embargo, producto de su progresiva identificación con la dictadura, los tradicionales símbolos nacionales “pierden su capacidad simbólica de representar a todos los chilenos”<sup>48</sup>, por lo que nuevas superficies de inscripción son propuestas en este sentido. Es así que la Plaza de la Ciudadanía se configura como espacio urbano depositario del discurso relativo a la identidad nacional que la Transición pretende imponer.

Para la conformación de ese discurso en torno a la identidad nacional, se apela a un legado histórico compartido. Pero bajo un criterio selectivo, no se incorpora a la determinada narración histórica la totalidad de eventos constitutivos de aquel legado,

<sup>47</sup> Thompson, J. *The Media and Modernity*. Cambridge: Polity Press, 1995. Citado en Larraín, Jorge. Op. Cit., 2005, Pág. 100.

<sup>48</sup> *Ibid.* Pág. 173.

encaminándose la memoria según una política de olvido de los elementos demasiado fuertes que por tanto no son pasibles de recuerdo por el ciudadano medio. Desde este punto de vista, el discurso relativo a la identidad nacional al que el ciudadano adhiere se conforma como una narración histórica, configurada en función de los intereses del sector ideológico que en un determinado contexto detente el poder.

La Plaza de la Ciudadanía manifiesta en este sentido la recuperación de elementos presentes en el discurso populista de carácter utópico. La Transición pretende el distanciamiento respecto del período previo de la dictadura como régimen autoritario de gobierno. En función de esto, atiende al populismo como el momento histórico en que las clases sociales tradicionalmente excluidas de la esfera pública por parte de la oligarquía terrateniente, disputan su derecho a participación en la política nacional. Si se considera que el concepto de nación recoge los valores de libertad, igualdad y fraternidad instalados por la Ilustración tras la Revolución Francesa, es posible abordar el discurso populista como la exigencia por parte de las clases populares de la aplicación concreta del proyecto moderno en la política nacional. Recuperando en esta dirección el discurso populista, la Transición pretende la configuración de un legado histórico con el que entabla continuidad.

En función de esta lectura, se recupera la figura de Alessandri sólo como agente que modifica la estructura política en respuesta a las demandas de la masa social: principalmente la promulgación de una nueva constitución, la creación de registros electorales y la separación de Iglesia y Estado. La narración histórica no considera la búsqueda de captar el apoyo popular como estrategia de la emergente burguesía industrial para disputar el poder a la oligarquía agrícola. La Plaza de la Ciudadanía incorpora además espacios abiertos y caminos que, desde diferentes direcciones, convergen en la principal entrada del Palacio de La Moneda. A nivel simbólico, se pretende instalar la idea de un gobierno abierto a la participación ciudadana. Es posible además entablar una relación entre este espacio y las palabras finales de Salvador Allende, previa toma de poder por parte de las fuerzas armadas: se han abierto “las grandes alamedas por donde pasa el hombre libre”. El gobierno se atribuye una continuidad en el camino hacia el desarrollo superando así “el momento gris y amargo” en que la pérdida democrática permite las sistemáticas violaciones a los derechos humanos. La pérdida de la democracia constituye entonces un duelo común; su recuperación, un triunfo fruto del esfuerzo conjunto. Por último, la incorporación de colores fríos y fuentes de agua, pretende crear la imagen de un país gélido, exento de todo tropicalismo, con la intención de distanciarse del espacio latinoamericano sobre el que los centros de desarrollo han elaborado estereotipos negativos. En el contexto de la globalización, la nación pretende insertarse entre los países desarrollados con miras a participar del escenario económico y cultural de carácter mundial.

La propuesta identitaria de la Transición se da en el contexto de una sociedad en que los valores democráticos han perdido su vigencia. El consumo se consolida como nueva vía de construcción de identidad, lo que explica la ausencia de una fuerza social capaz de encaminarse a proyectos colectivos. La adopción del consumo como depósito de la identidad favorece el individualismo en desmedro de las tradicionales categorías compartidas, como sindicatos, partidos o clubes. La globalización desdibuja además las

fronteras de lo propio, con lo que se desdibuja luego una identidad nacional establecida.

En consecuencia, la Plaza de la Ciudadanía se configura como espacio monumental, en tanto superficie de inscripción de la narración histórica propuesta por los gobiernos de la Transición a la Democracia. Esta narración constituye un legado nacional que pretende aceptación ciudadana. Si entendemos la nación como un legado aceptado en común, la permanencia del poder supone el control de aquel bagaje al que los individuos adhieren. El poder depende de la posibilidad de aunar a los individuos en torno a un proyecto de nación compartido, la posibilidad de que la masa reconozca y se identifique con aquel patrimonio. La identidad nacional es el discurso incorporado voluntariamente por el sujeto, que se construye a partir de la pertenencia a ese determinado legado histórico. Cohesionar sectores divididos profundamente en un sólo proyecto de nación, consolidar una nueva identidad, supone la institución de lugares de memoria, pero también, una política del olvido; olvido en común de los elementos demasiado fuertes, imposibles de soportar por el ciudadano medio. El poder necesita manipular la narración, encaminar la memoria como requisito para su consolidación, evitando un desdibujamiento de las fronteras del estado-nación que confunda la definición de ciudadanía. En este sentido, el poder es ese discurso identitario, su dominio. La ausencia de una sede clara de poder diluye el control social y difunde los desafíos políticos, debilitándose los principios democráticos que pierden importancia para el ciudadano medio. Al mismo tiempo, el contrato social también pierde sentido al encaminarse las fuerzas sólo hacia la consecución de fines particulares, intereses individuales<sup>49</sup>. Sólo la identidad nacional tiene la capacidad de garantizar la necesaria pertenencia a la nación. El monumento es reflejo de ese discurso en torno a un legado nacional, su superficie de inscripción. Espacio de la memoria, también espacio del olvido.

---

<sup>49</sup> Grínor Rojo. *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?* Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006. Pág. 143.



---

## Bibliografía

- Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Barthes, Roland. "Semiología y urbanismo". *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Berman, Marshall. "Introducción. La modernidad: ayer, hoy y mañana", en: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México, Siglo XXI, 2003. 1-27 pp.
- Brunner, José Joaquín. *Un Espejo Trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago de Chile: Flacso, junio de 1988.
- Déotte, Jean Louis: "Renan: la nación como olvido en común". *Catástrofe y olvido: Las ruinas, Europa, el museo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1998.
- García Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Editorial Grijalbo, 1995.
- Habermas, Jürgen. "Modernidad, un proyecto incompleto". En Casullo, Nicolás, *El debate modernidad-postmodernidad*. Buenos Aires. El cielo por Asalto. 1993.
- Larraín, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1996.
- ..... *Identidad chilena*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2001.
- ..... *¿América latina moderna?* Santiago de Chile: LOM Editores, 2005.

..... “Globalización e identidad nacional”. Revista chilena de humanidades 20 (2000), 21-34.

Rojo, Grinor, Alicia Salomone y Claudia Zapata. Postcolonialidad y nación. Santiago de Chile: LOM Ediciones, colección Escafandra, 2003.

Rojo, Grinor: Globalización e identidades nacionales... ¿De qué estamos hablando? Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006.

..... “La identidad y la literatura”. En: identidades y sujetos. Para una discusión latinoamericana. Santiago de Chile: Ediciones de la facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Serie Estudios, 2002, pp.51-70.

Romero, José Luis. Latinoamérica: Las ciudades y las ideas. Argentina, Siglo Veintiuno Editores, 2004.

Salazar, Gabriel. “Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad”. Propositiones 24, 1994.

Sarlo, Beatriz. Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y1930. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1988.

..... Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.

Vitale Luis. “Populismo”. Interpretación marxista de la historia de Chile. Tomo VI. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1998.

## **Páginas web**

[ww.memoriachilena.cl](http://ww.memoriachilena.cl)

[www.mop.cl](http://www.mop.cl)